

¡Y SI FUERAMOS TODOS A CRACOVIA!

Generalmente hablamos del exilio en singular para designar una situación personal precisa que empuja a un sujeto a abandonar todo con la esperanza de que en otro lugar la vida le fuera más soportable. Es una separación radical que puede testimoniar de un significativo deseo de vivir. Pues después de todo, en algunos casos, recular ante el exilio podría bien denotar una posición depresiva. Recordemos los esfuerzos desplegados por la comunidad analítica animada por Marie Bonaparte para convencer a Freud que era necesario que abandonara Viena. Tenía una edad avanzada, su salud minada por un cáncer. ¿Minimizaba los peligros del nazismo o estaba dispuesto a aceptar lo inaceptable?

Si en los dos últimos siglos se exiliaba de Europa para buscar fortuna en el otro lado del Atlántico, ahora nos toca a nosotros hacer semblante de Eldorado y nuestra Europa debe hacer frente a una afluencia migratoria importante de personas que han escogido el exilio, en condiciones peligrosas y que piden asilo. Lo menos que se puede decir, es que no son siempre los bienvenidos y que los países europeos se dividen en cuanto a su manera de acogerlos o de devolverlos a sus países. Eso da al exiliado un estatus particular. Objeto de deshecho lo más a menudo, reanimando la xenofobia natural o en algunos casos, objeto agalmático animando la caridad de las buenas almas. Reconocemos fácilmente en este doble estatus la función que Lacan atribuyó al objeto *a*.

Es así que el exiliado tiene cosas que decir que conciernen a los psicoanalistas.

He tenido la ocasión de escuchar a un joven inmigrante en el cuadro de una entrevista clínica organizada por nuestros colegas romanos. Este joven adolescente había huido con su padre y su hermano de su país de origen debido a una persecución racial cuya familia era objeto. Había perdido a su padre y a su hermano en el naufragio de la embarcación que les habían asignado y se encontraba solo en Roma, alojado por una asociación después de varias fugas para evitar ser devuelto a su país de origen. Fui impresionado por la voluntad decidida de este chico. En sus fugas repetidas, no era el confort lo que le movía sino la voluntad de vivir. Había anudado una relación transferencial con una colega psicóloga y esta pudo decirnos que un día le había anunciado que quizás iba a fugarse de nuevo. Si habitualmente se fugaba sin prevenir, fingiendo ser el chico sensato que no se movería, este día decía algo a su psicóloga que testimoniaba en mi opinión, un enganche transferencial manifiesto. Este decir nos pareció ejemplar en su sutil forma de hacer escuchar al Otro lo inverso de lo que su enunciado

decía. Se le podría haber respondido al modo del chiste judío: “¿por qué me dices que vas a Cracovia...?”

Poner el acento sobre el decir de los exilios, durante nuestra Convención Europea, es dar a la situación del exilio un alcance más estructural y examinarlo fuera del discurso corriente con el cambio de perspectiva que el psicoanálisis propone. Entonces podremos abordar todas las formas que un sujeto puede tener de exiliarse por buenas o malas razones, es decir en la medida de su posición subjetiva como respuesta al real de su mundo.

Bernard Nominé.

2 de marzo de 2019.